

comes, Rey de los Getas, ofrecia auxiliarle con poderoso ejército; y no podria parecer mal que habiéndose ejercitado César en la guerra de Sicilia, le cediese en el mar; cuando por el contrario seria cosa muy dura y muy necia que siendo mayor la pericia de Antonio en los combates terrestres, no hiciera uso de la fuerza y superioridad de su numerosa infanteria, repartiéndola y perdiéndola en las naves; mas con todo aun volvió á prevalecer Cleopatra para que la guerra se terminara por medio de un combate naval; poniendo ya la vista en la fuga, y ordenando sus cosas, no del modo en que hubieran de ser mas útiles para la victoria, sino en el que hubieran de estar mas prontas para el retiro, si la accion se perdia. Habia unos ramales que desde el campamento iban á la armada; y por ellos acostumbraba Antonio á pasar de una parte á otra sin recelo. Como dijese pues un esclavo á César que era fácil echarle mano cuando fuese por los ramales, puso al efecto hombres apostados; los cuales se condujeron de manera que acelerándose un poco en la operacion, cogieron al que iba delante de Antonio; y él con gran dificultad pudo libertarse corriendo.

Resuelto al combate naval, quemó todas las demas naves egipcias á excepcion de sesenta; y tripuló las mejores y de mas porte, desde las de tres hasta las de diez órdenes, embarcando en ellas veinte mil infantes y dos mil ballesteros. Dícese que uno de aquellos infantes, hombre que era de los que hacian de guias en la formacion, y que habia sostenido muchos combates á las órdenes de Antonio, teniendo su cuerpo pasado de heridas, exclamó en presencia de este, y dijo: ¿Por qué, ó Emperador, desconfias de estas heridas y de esta espada, y pones tus esperanzas en unos malos leños? Peleen en el mar los Egipcios y Fenicios; pero á nosotros danos tierra, en la que estamos acostumbrados á mantenernos á pie firme hasta morir ó vencer á los enemigos; y que á esto nada respondió Antonio, y solo con la mano y el rostro pareció exhortarle á que tuviera buen ánimo, y pasó de largo, no estando él mismo muy confiado: pues que queriendo los capitanes de las naves dejar las velas, los precisó á embarcarlas y llevarlas, diciendo que no se de-

bia dejar escapar á ninguno de los enemigos que huyese.

En aquel dia y en los tres siguientes, alterado el mar con un recio viento, impidió el combate; pero al quinto, restituida la calma y la serenidad, se prepararon á él. Tenian Antonio y Poblícola el ala derecha, Celio la izquierda, y en el centro se hallaban Marco Octavio y Marco Justeyo. César dió á mandar el ala izquierda á Agripa, tomando á sí la derecha. Formadas á la orilla del mar unas y otras tropas de tierra, mandadas de Antonio por Canidio y las de César por Tauro, se estuvieron en reposo. De los generales Antonio corria en una falúa de una parte á otra, exhortando á los soldados á que por la pesadez de sus naves pelearan firmes como en tierra; y dando orden á los capitanes de los buques de que como si estuvieran sobre las áncoras; así recibieran sin moverse los choques de las contrarias, guardando la boca del puerto para no ser envueltos. De César se dice que dando tambien vuelta por las naves antes de hacerse de dia, se encontró con un hombre que conducia un borriquito; y habiéndole preguntado su nombre, como le conociese, le respondió: Yo me llamo afortunado y el borriquito vencedor; por lo que adornando despues con los espolones aquel lugar, puso en él las estatuas de bronce del hombre y del borrico. Reconociendo lo que restaba en las escuadras, conducido para ello en una lancha hasta volver á su ala derecha, se maravilló de ver á los enemigos inmóviles en el estrecho: porque la vista era de naves que estaban aferradas en sus áncoras; y habiendo estado largo rato en esta persuasion, detuvo las suyas, que aun se hallaban á ocho estadios de distancia de las enemigas. Siendo la hora sexta, y levantándose algun viento de mar, mal hallados los caudillas de Antonio con la detencion, y confiados en la altura y mole de sus naves, con las que se tenian por invencibles, movieron el ala izquierda. Alegróse César al verlo, y contuvo aun su derecha, deseando que los enemigos se separaran mas, fuera ya del golfo y de aquellos estrechos, para meterse con sus naves prontas y ligeras por entre aquellas que con su balumbo y falta de tripulacion eran torpes y pesadas.

Cuando ya se trabó el combate y vinieron á las manos, no habia choques ni roturas de naves: porque las de Antonio por su pesadez no tenian ímpetu, que es el que hace mas poderosos los golpes de los espolones; y las de César, no solamente se guardaban de ir á dar de proa contra unos espolones firmes y agudos, sino que ni siquiera se atrevian á embestir á las contrarias por los costados, porque las puntas de los suyos se rompian tan pronto como daban en unas naves hechas de grandes maderos cuadrados, compaginados unos con otros con abrazaderas de hierro. Era pues parecida esta pelea á un combate de tierra, ó por decirlo mejor á un combate mural; porque tres ó cuatro naves acometian á una de Antonio, y usaban de chuzos, de lanzas, de alabardas y de hierros hechos ascua; y los de Antonio lanzaban tambien con catapultas armas arrojadizas desde torres de madera. Mas extendiendo Agripa la otra ala con el objeto de envolver á los contrarios, precisado Públicola á hacer otro tanto, quedó desunido del centro. Causó esto en él algun desorden, combatido como se hallaba de las naves de Arruncio; y cuando todavia la batalla era comun y se mantenía indecisa, se vió de repente á las sesenta naves de Cleopatra desplegar las velas para navegar y huir por medio de los que combatian, porque estaban formadas á espaldas de las naves grandes, y al partir turbaron su formacion. Mirábanlas los enemigos, asombrados al ver que con viento favorable se dirigian hácia el Peloponeso. Vióse allí claramente que Antonio no se condujo ni como general ni como hombre que hiciera uso de su razon para dirigir los negocios, sino que así como hubo quien dijo por juego que el alma del amante vive en un cuerpo ajeno, fue el arrastrado por aquella mujer como si estuviera adherido y hecho una misma cosa con ella; pues no bien hubo visto su nave en huida, cuando olvidado de todo, abandonando y dejando en el riesgo á los que por él peleaban y morian, se trasladó á una galera de cinco órdenes, no llevando consigo mas que á Alejandro, Siro y á Escelio, y se fué en seguimiento de aquella pérdida, que al fin habia de perderle.

Conocióle esta, é hizo señal desde su nave, á la que alcan-

zó, y fue en ella recibido; pero ni vió á Cleopatra ni se dejó ver de ella, sino que pasando á la proa, se sentó allí sin hablar palabra, apoyando la cabeza sobre entrambas manos. Viéronse en esto buques ligeros de los de César que iban en alcance; y haciendo volver de proa su nave, consiguió que se retiraran los demas; pero el Lacedemonio Euricles continuaba en acometerle con denuedo, blandiendo una lanza desde la cubierta en aptitud de arrojársela. Levantóse en esto Antonio, y preguntando ¿Quién es el que persigue á Antonio? le respondió aquel: Yo soy Euricles, hijo de Lacares, que ayudado de la fortuna de César, vengo la muerte de mi padre. Habia sido Lacares condenado por Antonio en causa de piratería á ser decapitado. Con todo no acometió Euricles á la nave de Antonio, sino que embistiendo con la bronceada punta á la otra de las naves capitanas porque eran dos, le hizo dar una vuelta en redondo, y habiendo caido de costado, la tomó; y tambien una de las otras en que habia alhajas de valor, de las que sirven al uso cotidiano. Retirado este, volvió Antonio á su anterior postura, y en ella permaneció taciturno. Pasó tres dias solo en la proa, ó por enfado ó por tener vergüenza de presentarse á Cleopatra; y así arribó á Tenaro. Allí las mujeres que eran mas de su confianza hicieron que primero se hablasen, y despues que comiesen y reposasen juntos. En tanto iban yo llegándoles muchos de los trasportes, y algunos de los amigos que escaparon de la derrota; los cuales les informaban de que la escuadra se habia perdido; pero creian que el ejército se mantenía en pie. Envió Antonio mensajeros á Canidio con orden de que sin dilacion se retirara con el ejército por la Macedonia al Asia; y pensando en dirigirse desde Tenaro al Africa, escogió uno de los trasportes cargado de mucho dinero y de muchas alhajas de oro y plata de las de palacio, y lo dió á sus amigos, diciéndoles que lo partieran y se pusieran en salvo. Resistíanse estos con clamores y llanto; pero consolándolos con la mayor bondad y afecto, é interponiendo súplicas, al cabo los despidió, escribiendo á Teofilo, su mayordomo residente en Corinto, para que les proporcionase seguridad, y los tuviese ocultos hasta que pudiera al-

canzar clemencia de César. Era este Teofilo padre de Hiparco, que alcanzó gran poder con Antonio, y fue el primero de sus libertos que se pasó á César, el cual mas adelante se fué á habitar á Corinto.

Esto en cuanto á Antonio. En Accio la armada resistió á César largo tiempo; y con haber padecido mucho de una fuerte marejada que le heria por la proa, no desistió hasta la hora décima. Los muertos no pasaron de cinco mil; pero fueron tomadas trescientas naves, segun lo anotó el mismo César en sus Comentarios. Pocos eran los que sabian haber huido Antonio; y los que oian la noticia disputaban al principio con los que la daban, haciéndoseles increíble que se hubiera marchado dejando diez y nueve legiones de tropas no vencidas y doce mil caballos; como si antes no hubiera experimentado muchas veces los reveses de fortuna, y no estuviera ejercitado en las vicisitudes de mil combates y batallas. Los soldados conservaban con respecto á él deseo y esperanza, pareciéndoles que iba á llegar de un momento á otro; y dieron pruebas de tal fidelidad y virtud, que aun despues de ser notoria su fuga se le mantuvieron leales siete dias, no haciendo cuenta de los mensajes de César, hasta que por último, habiendo huido de noche el comandante Canidio y abandonado el campamento, viendo el desamparo en que todos lo dejaban, y la traicion que les habian hecho sus gefes, abrazaron el partido del vencedor. Marchó en seguida César á Atenas; y reconciliándose con los Griegos, repartió los víveres sobrantes de la guerra con las ciudades que se hallaban en gran miseria, despojadas de sus haberes, de sus esclavos y de sus ganados. Referia mi bisabuelo Nicarco que todos los ciudadanos habian sido precisados á llevar sobre sus hombros la cantidad de trigo señalada hasta el mar de Anticira, haciéndoles andar á prisa á latigazos; y que de esta manera habian hecho un viaje, y cuando ya estaba medido el trigo y todo dispuesto para hacer el segundo, llegó la noticia de haber sido vencido Antonio; con lo que se habia salvado la ciudad: porque inmediatamente huyeron los comisionados y soldados de Antonio, y los ciudadanos se repartieron el trigo.

Llegado Antonio al Africa, envió á Cleopatra al Egipto desde Paretonio, quedando él en una grandísima soledad, contristado y errante con solos dos amigos, el uno Griego, que era Aristócrates el orador, y el otro Romano, que era Lucilio; de quien en otra parte hemos escrito que en Filipos para facilitar la fuga de Bruto se entregó á si mismo por este á los que le perseguian. Salvóle entonces Antonio, á quien fue siempre agradecido y fiel hasta los últimos momentos. Cuando tambien le abandonó el que estaba encargado de las fuerzas que en Africa tenia, intentó darse muerte; pero se lo impidieron sus amigos; y conducido á Alejandría, se halló con que Cleopatra habia emprendido una obra grande y extraordinaria. Porque intentó pasar á brazo la armada por el Istmo que separa el mar Rojo del mar de Egipto, y que se dice ser el término y aldeaño entre el Asia y el Africa por aquella parte en que es mas estrachado de ambos mares, y tiene menor latitud, que no es mas que de trescientos estadios; y trasladando las naves al golfo Arábigo con grandes caudales y toda especie de riqueza, establecerse al otro lado, huyendo de la esclavitud y de la guerra. Mas por haber sucedido que los habitantes de la Arabia llamada Petrea dieron fuego á las primeras naves que se pasaron, y por estar Antonio en la inteligencia de que se sostenia su ejército de Accio, dió de mano á la empresa, contentándose con guardar las bocas del Nilo. Antonio, dejando la ciudad y la compañía de los amigos, se dispuso una habitacion en el mar junto al Faro por medio de una calzada que se prolongaba mar adentro; y se fijó allí, separado del comercio de los hombres, diciendo que elegia y se proponia imitar la vida de Timon, pues que le habia sucedido lo mismo que á este; el cual agraviado y mal correspondido de sus amigos, habia llegado á desconfiar de todos los hombres, y á mirarlos con aversion.

Timon era Ateniense, y vivió por el tiempo de la guerra del Peloponeso, como se colige de las comedias de Aristófanes y Platon: porque en ellas es satirizado como áspero y aborrecedor de los hombres. Huía todo encuentro y trato con ellos; pero á Alcibiades, siendo todavía muy mocito y

muy resuelto, le saludó y besó un día con grande empeño; y como se admirase Apemanto y le preguntase la causa, le dijo que amaba á aquel jóven, porque veía que habia de ser para los Atenenses causa de muchos males. Si trataba con Apemanto solo, era porque se le asemejaba é imitaba su tenor de vida; y con todo en una ocasion celebrándose la solemnidad llamada *Coes* (1), comieron juntos los dos, y diciendo Apemanto: ¡Bello convite es este nuestro, Timon! Si, le respondió este, si tú no te hallaras en él. Dicese que hallándose los Atenenses en junta pública, subió un día á la tribuna, y fue grande el silencio y espectacion en que todos se pusieron por lo extraño del suceso; y él les dijo: Tengo un solar reducido, ó Atenenses, y en él salió una higuera, en la que se han ahoreado muchos ciudadanos: teniendo pues resuelto edificar en aquel sitio, me ha parecido prevenirlo en público, para que si alguno de vosotros quereis ahorcaros, lo ejecuteis antes de arrancar la higuera. Murió y fue enterrado en territorio de Hales, orilla del mar; y habiendo hundido esta, cubrió el agua la sepultura, y la hizo inaccesible á los hombres. Habia sobre ella esta inscripcion:

Yago aquí despedida el alma triste:
Mi nombre no os diré; si mi deseo:
Perezcais malamente los malvados.

Esta inscripcion se dice haberla hecho el mismo Timon; pero esta otra que es la que todos tienen de memoria, es de Calimaco:

Timon el Misanthropo soy: ¿qué aguardas?
Maldíceme á tu gusto cuanto quieras,
Solo con que te quites de delante.

De lo mucho que de Timon podria decirse nos ha parecido escoger esto poco. En cuanto á Antonio llegó el mismo Canidio á ser portador de la noticia de haberse perdido el ejército de Accio; y por otras partes supo que Herodes, Rey

(1) Segundo día de los tres que duraban en Atenas las fiestas llamadas *Antesteria*, semejantes á los Saturnales de los Romanos. Este segundo día se llamaba *Coes* de una medida de líquidos de los Atenenses, porque en él se agotaban estas medidas, bebiendo en honor de Mercurio, conductor de los muertos.

de Judea, que tenia algunas legiones y cohortes, se habia pasado á César; y que todos los demas potentados le habian abandonado igualmente, sin que le hubiese quedado nada fuera del Egipto. Mas no por esto se mostró alterado, sino que aun pareció que se alegraba de deponer la esperanza, para deponer tambien el cuidado. Dejó asimismo aquella habitacion marítima, á que habia dado el nombre de *Timoneon*, y arrastrado por Cleopatra al palacio, hizo renacer en la ciudad el gusto á los banquetes, al beber y á la distribucion de donativos, con motivo de empadronar entre los mozos al hijo de Cleopatra y César, y de vestir la toga viril á su hijo Antulo, tenido en Fulvia; pues con esta ocasion estuvo Alejandria entregada por muchos dias á los festines, francachelas y fiestas. Habian ya disuelto aquella confraternidad que llamaban de la inimitable vida, é instituyeron otra que no cedia á esta en el lujo, en el regalo y á la suntuosidad, intitulándola la de los que mueren juntos: porque se suscribian los amigos para morir á un tiempo, y lo pasaban alegremente en banquetes que se daban por turno. Cleopatra juntó diferentes suertes de venenos mortales; y para probar el grado de dolor con que cada uno ocasionaba la muerte, los hizo propinar á los presos de causas capitales; mas habiendo visto que los que eran prontos causaban la muerte acompañada de dolores, y que los mas benignos obraban con lentitud, quiso hacer experiencia de los animales ponzoñosos, viendo ella por sí misma cuando se picaban unos á otros; lo que ejecutaba todos los dias. Encontró pues que entre todos solo la picadura del aspid producía sin convulsiones ni sollozos un sopor dulce y una especie de desmayo, en virtud del que con un blando sudor del rostro y amortiguamiento de los sentidos perdian poco á poco la vida los que habian sido picados, sin que fuera fácil despertarlos y hacerles volver en sí, á manera de los que tienen un sueño profundo.

Enviaron de consuno embajadores á César, que se hallaba en el Asia: Cleopatra pidiendo que conservase á sus hijos el imperio en el Egipto; y Antonio que le permitiera vivir como particular, si en el Egipto no podia ser, en Atenas. No teniendo amigos fieles de quienes valerse por los conti-

nuos abandonos y defecciones, dieron este encargo al maestro de sus hijos Eufonio : porque Alexas Laodicense, que en Roma habia hecho conocimiento con Antonio por medio de Timágenes, siendo de los Griegos el de mayor influjo con aquel, y el principal instrumento de que se valia Cleopatra para tener embaucado á Antonio, y quitarle del todo del pensamiento á Octavia, enviado á Herodes para retraerle de la desercion se habia mudado tambien siendo traidor á Antonio; y confiado en Herodes, se habia atrevido por fin á presentarse á César. Mas de nada le valió Herodes : porque puesto al punto en prision por César, y conducido atado á su patria, allí le hizo dar muerte. De este modo sufrió en vida de Antonio la pena de su perfidia.

César no pudo sufrir los ruegos de Antonio; y en cuanto á Cleopatra respondió que no le faltaria en nada de lo que fuese razonable, si daba muerte á Antonio, ó le echaba de su lado; y le envió al mismo tiempo á Tureon, uno de los libertos, hombre que no carecía de talento, y propio para inspirar confianza, hablando por un nuevo caudillo á una mujer orgullosa y muy preciada de su belleza. Como se detuviere en conversacion con ella mas que los otros, y recibiese mayores obsequios, excitó sospechas en Antonio; quien poniéndole mano le hizo dar azotes, y se lo remitió á César, escribiéndole que con su entonamiento y su vanidad le habia irritado, siendo ahora mas irritable con sus males: « Y si tú, añadia, no lo llevas en paciencia, ahí tienes á mi liberto Hiparco : cuélgale y azótale para que estemos iguales. » Cleopatra de resultas, para aquietarle en sus quejas y sospechas, le obsequiaba todavia con mayor esmero : así es que habiendo celebrado su propio día natal sin pompa ni aparato, como á su presente fortuna convenia, para festejar el de Antonio salió de medida en el esplendor y el gasto; de manera que habiendo venido pobres á la cena muchos de los convidados, volvieron ricos. A César en tanto le llamaba Agripa á Roma, escribiéndole continuas cartas, porque los negocios exigian su presencia.

Dilatóse por tanto entonces la guerra; pero luego que se pasó el invierno, César marchó por la Siria, y sus generales

por el Africa; y tomada la ciudad de Pelusio, corrian voces de que Seleuco la habia entregado de acuerdo con Cleopatra, mas esta puso en manos de Antonio la mujer y los hijos de Seleuco para que les diera muerte. Habia hecho Cleopatra construir á continuacion del templo de Isis sepuleros y monumentos magnificos en su belleza y elevacion; y á ellos hizo llevar desde palacio las cosas de mayor valor, oro, plata, esmeraldas, perlas, ébano, marfil y cinamomo, y con todo esto gran porcion de materias combustibles y estopas; con lo que temeroso César de que aquella mujer en un momento de desesperacion destruyera y quemara toda aquella riqueza, se esforzaba á darle continuamente lisonjeras esperanzas, segun se iba acercando con el ejército á la ciudad. Cuando ya estuvo en las inmediaciones del circo, salió Antonio y peleó valerosamente, derrotando la caballeria de César, y persiguiéndola hasta el campamento. Engreido con la victoria, se dirigió á palacio, y saludó amorosamente á Cleopatra armado como estaba, presentándole el soldado que mas se habia distinguido. Dióle Cleopatra en premio una coraza y un morrion de oro; y habiéndolos recibido, en aquella misma noche se pasó á César.

Envió Antonio á César otro nuevo cartel de desafio; pero respondiendo este que Antonio tenia muchos caminos por donde ir á la muerte, reflexionando que ninguno era preferible al de morir en una batalla, resolvió acometer por mar y por tierra. Dícese que en la cena excitaba á los esclavos á que en comer y beber le regalaran mas opíparamente aquella noche : Porque no se sabia si podrian ejecutarlo al día siguiente, ó si ya servirian á otros amos, y él estaria hecho esqueleto y reducido á la nada. Como viese que al oír esto lloraban sus amigos, les dijo que no los llevaria á una batalla, en la que mas bien iba á buscar una muerte gloriosa, que no salud y victoria. Se cuenta que en aquella noche, como al medio de ella, cuando la ciudad estaba en el mayor silencio y consternacion con el temor y esperanza de lo que iba á suceder, se oyeron repentinamente los acordados ecos de muchos instrumentos y gritería de de una gran muchedumbre con cantos y bailes satíricos, co-

mo si pasara una inquieta turba de Bacantes : Que esta turba movió como de la mitad de la ciudad, hácia la puerta por donde se iba al campo enemigo; y que saliendo por ella, se desvaneció aquel tumulto, que habia sido muy grande. A los que dan valor á estas cosas les parece que fue una señal dada á Antonio de que era abandonado por aquel Dios á quien hizo siempre ostentacion de parecerse, y en quien mas particularmente confiaba.

Al amanecer, habiendo formado sus tropas de tierra en las alturas inmediatas, á la ciudad, se puso á mirar las naves que zarpaban del puerto dirigiéndose hácia las enemigas; y esperando ver alguna accion importante, se paró; pero sus gentes de mar no bien estuvieron cerca, cuando saludaron á las de César con los remos, y al corresponderles estas al saludo se les pasaron; y la armada, reducida ya á una sola con todas las naves, volvió las proas hácia la ciudad. Estaba viéndolo Antonio, cuando tambien lo abandonó su caballería pasándose á los enemigos; y vencida su infantería, se retiró á la ciudad, diciendo á gritos que habia sido entregado por Cleopatra á aquellos mismos á quienes por ella hacia la guerra. Temiendo Cleopatra su cólera y furor, se refugió al sepulcro, dejando caer los rastrillos asegurados con fuertes cadenas y cerrojos; y envió personas que dijese á Antonio que habia muerto. Creyólo este, y diciéndose á sí mismo : « ¿ En qué te detienes Antonio ? la fortuna te ha quitado el único motivo que podias tener para amar la vida ; » entró en su habitacion, y desatando y quitándose la coraza : « O Cleopatra, exclamó ; no me duele el verme privado de tí, porque ahora mismo vamos á juntarnos; sino el que habiendo sido tan acreditado capitán, me haya excedido en valor una mujer. » Tenia un esclavo muy fiel llamado Eros, del que mucho tiempo antes habia exigido palabra de que le habia de quitar la vida si se lo dijese, y entonces le pedia el cumplimiento de esta promesa. Desenvainó él la espada y la levantó como para herir á Antonio; pero volviendo el rostro, se mató á sí mismo. Al caer á sus pies : Muy bien, exclamó Antonio, ó Eros, pues que no habiendo podido tú resolverte á ello, me muestras lo que debo hacer; y pasándose la es-

pada por el vientre, se dejó caer en el lecho. No habia sido la herida de las que causan la muerte al golpe; y como se hubiese contenido la sangre luego que se acostó, recobrado algun tanto, pedia á los que se hallaban presentes que lo acabaran de matar; mas ellos huyeron de la habitacion por mas que Antonio gritaba y se agitaba, hasta que llegó de parte de Cleopatra su secretario Diomedes con encargo de llevarle al sepulcro donde aquella se hallaba.

Informado de que vivia, pidió con encarecimiento á los esclavos que le tomaran en brazos, y así lo llevaron á las puertas de aquel edificio. Cleopatra no abrió la puerta; sino que asomándose por las ventanas, le echó cuerdas y sogas, con las que ataron á Antonio; y ella tiraba de arriba con otras dos mujeres, que eran las únicas que habia llevado al sepulcro. Dicen los que presenciaron este espectáculo haber sido el mas miserable y lastimoso : porque le subian del modo que referimos, bañado en sangre, moribundo, tendiendo las manos, y teniendo en ella clavados los ojos. Porque la obra no fue tampoco fácil para unas pobres mujeres; sino que Cleopatra misma, alargando las manos, y descoglando demasiado el cuerpo, con dificultad pudo tomar el cordel, animándola y ayudándole los que se hallaban abajo. Luego que le hubo recogido de esta manera, y que le puso en el lecho, rasgó sobre él sus vestiduras, se hirió y arañó el pecho con las manos, y manchándose el rostro con su sangre, le llamaba su señor, su marido y su Emperador, pudiéndose decir que casi se olvidó de los propios males, compadeciendo y lamentando los de Antonio. Hízola este suspender el llanto, y pidió que le dieran un poco de vino, ó porque tuviera sed ó esperando acabar así mas presto. Bebió, y la exhortó á que si podia ser sin ignominia, pensara en salvarse, poniendo de los amigos de César su mayor esperanza en Proculeyo; y en cuanto á él que no llorase por las mudanzas que acababa de experimentar, sino que antes le tuviese por dichoso á causa de los grandes bienes que habia disfrutado; pues habia llegado á ser el mas ilustre y de mayor poder entre los hombres; y si entonces era vencido, lo era noblemente Romano por Romano.

En el momento mismo de espirar llegó Proculeyo de parte de César : porque luego que Antonio, habiéndose herido mortalmente, fue llevado adonde se hallaba Cleopatra, uno de los ministros que le asistian, llamado Derqueteo, tomó y ocultó su espada, y se fué corriendo á César para ser el primero que le anunciase la muerte de Antonio, mostrándole la espada ensangrentada. César, habiéndolo oído, se retiró á lo mas interior de su tienda, y lloró por un hombre que era su deudo y su colega, y con quien tanta comunidad habia tenido de combates y de negocios. Despues, tomando las cartas y llamando á sus amigos, se las leyó para que viesen que él le habia escrito con moderacion y justicia, y Antonio en las respuestas siempre habia estado insolente y altanero ; y en seguida envió á Proculeyo con orden de que hiciera cuanto le fuese posible para apoderarse de Cleopatra viva. Porque en primer lugar temia por la pérdida de tanta riqueza; y en segundo creia que el conducir á Cleopatra realizaria mucho la gloria de su triunfo. Resistióse pues esta á que pudieran echarle mano; y el modo de hablarse en el edificio en que se hallaba fue que acercándose Proculeyo por la parte de afuera á una puerta que estaba al piso, cerrada con la mayor seguridad, aunque de modo que daba paso á la voz, por allí conferenciaron, reduciéndose la entrevista de parte de Cleopatra á pedir el reino para sus hijos; y de parte de Proculeyo á exhortarla á tener buen ánimo, y ponerse confiadamente en manos de César.

Hecho cargo Proculeyo del sitio, dió de él parte á César, por quien fue enviado Galo para que tambien le hablase, y dirigiéndose á las puertas, alargó de intento su plática. En tanto Proculeyo arrimó una escala á la ventana por donde las mujeres habian subido á Antonio; y al punto bajó con dos ministros que llevaba consigo á la misma puerta donde Cleopatra estaba en conversacion con Galo. A esta sazón una de las mujeres encerradas con Cleopatra gritó : Desgraciada Cleopatra, te cogen viva. Volvióse á esta voz, y habiendo visto á Proculeyo, fue á darse muerte, porque llevada ceñido un puñal de los que usan los piratas; pero acudió corriendo Proculeyo, y teniéndola con ambas manos : Inju-

rias, le dijo, ó Cleopatra, á tí y á César, quitando á este la ocasion de dar pruebas de su bondad, y calumniando al mas benigno de los generales de infiel é implacable. Quitóle al mismo tiempo el puñal, y le saudió la ropa por si tenia oculto algun veneno. Fue tambien enviado de parte de César su liberto Epafrodito, con encargo de poner la mayor diligencia en que se conservase en vida; y en todo lo demas se mostrase indulgente y condescendiente hasta lo sumo.

Encaminóse ya César á la ciudad, hablando con el filósofo Areo, á quien dió la derecha, para que inmediatamente se hiciera visible á los ciudadanos, y causara admiracion la distincion con que le trataba. Entró despues en el gimnasio, y subiendo á una tribuna que le habian formado, cuando todos estaban poseidos de miedo y postrados por tierra, les mandó que se levantaran, asegurándoles que el pueblo estaba perdonado de toda culpa, en primer lugar por Alejandro su fundador; en segundo por la belleza y extension de la ciudad, que le habian admirado; y en tercero por hacer aquella gracia á su amigo Areo. Tanto fue el honor que alcanzó Areo de César, de quien obtuvo ademas el perdon para muchos; siendo uno de ellos Filostrato, el mas hábil de los sofistas para hablar extemporalmente; pero empeñado contra toda razon en ingerirse en la Academia; por lo que desaprobando César su conducta, no oidos á los ruegos; mas él dejando crecer su barba blanca, y tomando el vestido negro, seguia por do quiera á Areo, recitando este verso :

Los que son sabios á los sabios salvan ;

y César cuando llegó á entenderlo, accedió por fin, mas bien por libertar á Areo de envidia, que á Filostrato de miedo.

De los hijos de Antonio, á Antulo, el tenido en Fulvia, le quitaron la vida, habiendo sido entregado por su ayo Teodoro; y al cortarle los soldados la cabeza, el ayo le quitó una piedra de mucho valor que llevaba al cuello, y la guardó en el ceñidor. Él lo negó; pero habiendo sido descubierto, fue puesto en una cruz. Los hijos de Cleopatra, custodiados

con los encargados de su crianza, fueron tratados con decoro. A Cesarion, el que se decía haber tenido de César, lo envió la madre con gran cantidad de riquezas á la India por la Etiopia; pero su ayo Rondon, semejante á Teodoro, le hizo volver, engañándole con que César le llamaba al reino. Deliberaba César acerca de él; y se refiere haberle dicho Areo:

No es la policesarie (1) conveniente.

A este le quitó mas adelante la vida despues de la muerte de Cleopatra. Eran muchos los Reyes y generales que pedian el dar sepultura á Antonio; pero César no quiso privar á Cleopatra de su cadáver: así es que ella le sepultó regia y magníficamente por sus propias manos, habiéndosele permitido tomar al efecto cuanto quiso. Mas del pesar y de los dolores, pues de resultas de los golpes que se dió en el pecho se le inflamó este, y se le formaron llagas, se le levantó calentura: ocasion de que ella se valió con gusto para ir cercenando el sustento, y acabar de este modo la vida. Tenia un médico de su confianza; que era Olimpo, á quien manifestó la verdad, y de quien se valia como consejero y auxiliador para su designio, como lo dijo el mismo Olimpo, habiendo publicado una historia de estos sucesos; pero tuvo de ello sospecha César, y le hizo amenazas y miedo con los hijos; con lo que como con una bateria la sujetó, y hubo de prestarse á que la curaran y alimentaran del modo conveniente.

Aun pasó él mismo despues de algunos dias á visitarla y consolarla. Hallábase acostada humildemente en el suelo, y al verle entrar corrió en ropas menores y se echó á sus pies, teniendo la cabeza y el rostro lastimosamente desaliñados, trémula la voz y apagada la vista. Descubriase tambien la incomodidad que en el pecho sufría, y en general se observaba que no se hallaba mejor de cuerpo que de espíritu; y sin embargo la gracia y engreimiento de su belleza no se

(1) Es bien conocido aquel verso de Homero en el segundo canto de la *Iliada*, en que dijo no convenia la *policoiranía* ó muchedumbre de caudillos; y Areo aplicó en este lugar aquel hemistiquio con una ligera mutacion; pero de tanta consecuencia, que le costó á Cesarion la vida.

habian apagado enteramente; sino que por en medio de aquel lastimoso estado penetraban y resplandecian, mostrándose en los movimientos del rostro. Mandóle César que volviere á acostarse; y habiéndose este sentado cerca de ella, empezó á disculparse con atribuir lo ocurrido á la necesidad y al miedo de Antonio; pero contestándole y replicándole César á cada cosa, al punto recurrió á la compasion y á los ruegos, como podria hacerlo quien estuviese muy apegado á la vida. Por último, teniendo formada lista del cúmulo de sus riquezas, se la entregó; y como Seleuco, uno de sus mayordomos, la acusase de que habia quitado y ocultado algunas cosas, corrió á él, y asiéndole de los cabellos le dió muchas bofetadas. Rióse de ello César, y procurando aquietarla: ¿No es cosa terrible, ó César, le dijo, que habiéndote tú dignado de venir á verme y hablarme en esta situacion, me acusen mis esclavos si he separado alguna friolera mujeril, no ciertamente para el adorno de esta desgraciada, sino para tener con que hacer algun leve obsequio á Octavia y á tu Livia, y conseguir por este medio que me seas mas favorable y propicio? Daba esto gran placer á César, por creer que Cleopatra deseaba conservar la vida: diciéndole pues que se lo permitia, y que seria tratada en todo decorosamente, mas allá de cuanto pudiera esperar, se retiró contento, pensando ser engañador, cuando realmente era engañado.

De los amigos de César era uno el jóven Cornelio Dolabela, el cual se habia agradado de Cleopatro; y entonces por hacerle este obsequio, condescendiendo con sus ruegos, le participó reservadamente que César se disponia á marchar por tierra por la Siria; y á ella y á sus hijos tenia determinado enviarlos á Roma de allí á tres dias. Recibido este aviso, lo primero que hizo fue pedir á César que le permitiera celebrar las exequias de Antonio; y habiéndoselo otorgado, marchando al sepulcro, y dejándose caer sobre el túmulo con las dos mujeres de su comitiva: « Amado Antonio, exclamó, te sepulté poco ha con manos libres; pero ahora te hago estas libaciones siendo sierva, y observada con guardias para que no lastime con lloros y lamentos este cuerpo

esclavo, que quieren reservar para el triunfo que contra tí ha de celebrarse. No esperes ya otros honores que estas exequias, á lo menos habiendo de dispensarlos Cleopatra. Vivos nada hubo que nos separara; pero en muerte parece que quieren que cambiemos de lugares: tú Romano quedando aquí sepultado; y yo, infeliz de mí, en Italia, participando solo en esto de tu patria; pero si es alguno el poder y mando de los Dioses de ella, ya que los de aquí nos han hecho traicion, no abandones viva á tu mujer, ni mires con indiferencia que triunfen de tí en esta miserable; sino antes ocúltame y sepúltame aquí contigo: pues que con verme agobiada de millares de males, ninguno es para mí tan grande y tan terrible como este corto tiempo que sin tí he vivido.»

Habiéndose lamentado de esta manera coronó y saludó el túmulo, mandando luego que le prepararan el baño. Bañóse, y haciéndose dar un gran banquete, estando en él, vino del campo uno trayendo una cestita; y preguntándole los de la guardia qué traía, abrió la cesta, quitó las hojas, é hizo ver que lo que contenía era higos. Como se maravillasen de lo grandes y hermosos que eran, echándose á reír les dijo que tomasen; con lo que le creyeron y le mandaron que entrase. Despues del banquete, teniendo Cleopatra escrita y sellada una esquila, la mandó á César, y dando orden de que todos se retiraran, á excepcion de las dos mujeres, cerró las puertas. Abrió César el billete, y viendó que lo que contenía era quejas y ruegos para que se le diese sepultura con Antonio, al punto comprendió lo que estaba sucediendo; y aunque desde luego quiso marchar él mismo á darle socorro, se contentó por entonces con enviar á toda priesa quien se informara; pero el daño habia sido muy pronto, pues por mas que corrieron se hallaron con que los de la guardia nada habian sentido; y abriendo las puertas, vieron ya á Cleopatra muerta en un lecho de oro, regiamente adornada. De las dos criadas la que se llamaba Eira estaba muerta á sus pies, y Carmion, ya vacilante y torpe, le estaba poniendo bien la diadema que tenia en la cabeza. Dijole uno con enfado: Bellamente Carmion; y ella respondió: Bellísima-

mente, y como convenia á la que era de tantos Reyes descendiente; y sin hablar mas palabra cayó tambien muerta junto al lecho.

Dicese que el aspid fue introducido con aquellos higos, y tapado por encima con las hojas; porque así lo habia mandado Cleopatra, para que sin que ella lo pensase la picase aquel reptil; pero que cuando le vió, habiendo tomado algunos higos, dijo: ¡Hola aquí estaba esto! y alargó el brazo desnudo á su picadura. Otros sostienen que el aspid habia estado guardado en una vasija, é irritado y enfurecido por Cleopatra con un alfiler de oro, se le habia agarrado al brazo; pero nadie sabe la verdad de lo que pasó. Porque se dijo tambien que habia llevado consigo veneno en una navaja hueca, y la navaja escondida entre el cabello. Mas ello es que no se notó mancha ni cardenal ninguno en su cuerpo ni otra señal de veneno; pero tampoco se vió aquel reptil dentro, y solo se dijo que se habian visto algunos vestigios de él á la orilla del mar, por la parte del edificio que mira á este, y hácia donde tiene ventanas. Algunos dijeron asimismo que en el brazo de Cleopatra se habian notado dos punturas sumamente pequeñas y sutiles; á lo que parece dió crédito César: porque en el triunfo llevó la estatua de Cleopatra con el aspid agarrado al brazo. Así es como se dice haber pasado este suceso. César, aunque muy disgustado con la muerte de Cleopatra, no pudo menos de admirar su grandeza de alma, y mandó que su cuerpo fuera enterrado magnífica y ostentosamente con el de Antonio. Hizose tambien un honroso entierro á las esclavas por disposicion del mismo César. Murió Cleopatra á los treinta y nueve años de edad; de los cuales habia reinado veintidos, y habia imperado al lado de Antonio mas de catorce. De Antonio dicen unos que vivió cincuenta y seis años, y otros que cincuenta y tres. Las estatuas de Antonio fueron derribadas; pero las de Cleopatra se conservaron en su lugar, por haber dado Arquibio, su amigo, mil talentos á César, á fin de que no tuvieran igual suerte que las de Antonio.

Dejó Antonio de tres mujeres siete hijos; de los cuales á solo Antulo, que era el mayor, hizo dar muerte César. De

los demas se encargó Octavia, y los crió con los suyos propios; y á Cleopatra, tenida en Cleopatra, la casó con Juba, el mas bien educado de todos los Reyes; á Antonio, hijo de Fulvia, lo hizo tan grande, que para con César el primer lugar lo tenía Agripa, el segundo los hijos de Livia, y el tercero parecía ser, y era realmente de Antonio. Teniendo Octavia de Marcelo dos hijas y un hijo del mismo nombre, á este lo hizo César hijo y yerno á un tiempo; y de las hijas dió la una en matrimonio á Agripa. Murió Marcelo muy poco despues de este matrimonio, y no viéndose disposicion de que entre los otros amigos suyos eligiera César yerno de su confianza, le hizo presente Octavia que seria lo mejor casase Agripa con la hija de César, dejando la suya. Abrazando primero el pensamiento César, y despues Agripa, recogió Octavia su hija, y la casó con Antonio; y Agripa casó con la de César. Habiendo quedado dos hijas de Antonio y Octavia, tomó en mujer la una Domicio Enobarbo; y la otra, llamada Antonia, muy celebrada por su honestidad y belleza, Druso, hijo de Livia y entenido de César. De este matrimonio fueron hijos Germánico y Claudio; de los cuales este fue Emperador mas adelante. De los hijos de Germánico, á Cayo, habiendo imperado infamemente por cierto tiempo, le dieron muerte juntamente con su hija y su mujer. Agripina, que de Enobarbo tuvo en hijo á Lucio Domicio, casó en segundas nupcias con Claudio César; y habiendo este adoptado al hijo que aquella tenia, le llamó Neron Germánico; el cual habiendo imperado en nuestro tiempo, dió muerte á su propia madre, y estuvo en muy poco que por necedad y locura no acabase con el imperio romano, habiendo sido el quinto desde Antonio, segun el orden de la sucesion.

COMPARACION DE DEMETRIO Y ANTONIO.

Pues que experimentaron ambos grandes mudanzas, examinemos primero lo relativo á su poder, á su lustre y dignidad: porque en el uno fueron hereditarios, y le precedieron,

habiendo sido Antigono el que mas poder alcanzó entre los sucesores de Alejandro; como que antes de hallarse Demetrio en edad crecida, habia ya recorrido y sujetado la mayor parte del Asia; cuando Antonio, siendo hijo de un padre, apreciable por otra parte, pero que no tenia nada de militar, ni por este término le trasmitió gloria alguna, tuvo la osadía de introducirse en el imperio de César, sin tener con él deudo ninguno de parentesco, y se constituyó á sí mismo en sucesor de lo que aquel habia trabajado y adquirido: habiendo subido á tanto su poder, sin otros medios que los que por sí tuvo, que siendo dos las partes que se hicieron de todo el imperio, se tomó y arrogó la una, la mas brillante de ellas; y con hallarse ausente por mano de solos sus ministros y lugartenientes venció muchas veces á los Partos, é hizo retirar hasta el mar Caspio á las naciones bárbaras del Cáucaso. Dan testimonio de su poder hasta aquellas cosas mismas de que se hace uso para desacreditarle; porque á Demetrio fue el padre quien tomó el empeño de darle por mujer á File, hija de Antipatro, que le excedia en edad, por creer que era la que mas le convenia; y en Antonio se miraba como cosa de menos valer el matrimonio con Cleopatra, mujer que sobrepujaba en poder y en esplendor á todos los Reyes de su tiempo, si se exceptúa Arsaces; y es que se hizo á sí mismo tan grande, que para los otros era digno de mayores honras que las que queria.

El intento y objeto con que adquirieron el poder, de parte de Demetrio estaba exento de nota, siendo el de dominar y reinar sobre hombres acostumbrados á ser dominados, y que buscaban vivir bajo el mandó de un Rey; pero en Antonio era reprehensible y tiránico, por cuanto aspiraba á esclavizar al pueblo romano, que acababa de sustraerse á la monarquía de César; y lo mas grande é ilustre de cuanto hizo en su vida, esto es, la guerra contra Casio y Bruto, fue una guerra lidiada con el execrable fin de privar á la patria y á sus conciudadanos de la libertad; pero Demetrio antes de venir á sus inevitables infortunios se ocupó en libertar á la Grecia y en arrojar las guarniciones de las ciudades; y no como Antonio que se vanagloriaba de haber dado muerte en